

Crónica de un cambio anunciado: el primer ajuste ministerial de Kast

Jorge Astudillo
Académico Facultad de Derecho U. Andrés Bello, sede Viña del Mar

En política, pocos gestos son tan simbólicos y estratégicos como un cambio de gabinete. Se trata de una decisión que de alguna manera implica ejecutar diagnósticos, buscar corregir rumbos y enviar señales políticas, especialmente de gobernabilidad, tanto a la ciudadanía como al Congreso, al propio oficialismo y la oposición. El ajuste ministerial realizado por el presidente José Antonio Kast el 19 de mayo de 2026 no fue la excepción. Este cambio tan rápido se puede tomar como una señal de que La Moneda percibió tempranamente dificultades comunicacionales y de gestión que exigían esta reacción.

Al margen del impacto político de este movimiento ministerial, salta una pregunta inevitable: ¿estos cambios o enroques serán efectivamente capaces de corregir el rumbo en dos áreas tan sensibles para el gobierno? De esta forma, queda por verse si el Ministro del Interior podrá desempeñar de manera eficiente las múltiples funciones y exigencias políticas que implica su cargo más las funciones de la vocería; si el ministro Arrau, proveniente de obras públicas es realmente la persona indicada para asumir una cartera tan sensible y prioritaria como Seguridad Pública; y, del mismo modo, si el nuevo titular de Obras Públicas cuenta con el conocimiento técnico y político suficiente para conducir adecuadamente dicha cartera en forma paralela al Ministerio de Transporte.

Al margen de cuál será el resultado de los nuevos cambios introducidos al gabinete, desde un punto de análisis político me parece oportuno distinguir dos situaciones: la salida de Sediní y Steinert. Lo ocurrido con Mara Sediní pue-

de interpretarse como una apuesta política que simplemente no resultó. Todos los gobiernos realizan nombramientos que, con el paso de las semanas, evidencian dificultades de adaptación o errores de ejecución de las respectivas funciones. Le sucedió a Boric con Izkia Siches en su momento. Eso forma parte de la dinámica normal del poder.

Distinto es lo ocurrido con el Ministerio de Seguridad Pública. Allí el problema parece ser más profundo, porque no revela únicamente un error en la designación de la persona encargada de la cartera, sino una señal de improvisación en una de las áreas que constituye precisamente la principal preocupación ciudadana: la seguridad. Si un gobierno que hizo de la seguridad pública uno de sus ejes centrales necesita corregir tempranamente el diseño o liderazgo de esa cartera, la señal política a la que se puede arribar es que no existía claridad suficiente respecto de cómo enfrentar uno de los temas más importantes para la ciudadanía.

A pesar de las críticas y suspicacias, también es cierto que los cambios de gabinete también cumplen una función correctiva y pueden transformarse en oportunidades para recomponer liderazgos, ordenar equipos y recuperar iniciativa política. La pregunta de fondo es si este ajuste será entendido, con el paso de los meses, como una corrección temprana y necesaria o como otro síntoma de dificultades más estructurales en la conducción del gobierno.

En definitiva, el problema nunca es únicamente cambiar ministros. El verdadero desafío es demostrar que detrás de esos cambios existe una estrategia clara, un diagnóstico coherente y una conducción política capaz de responder a las urgencias reales del país. Chile lo necesita y lo merece.